

El Eco de Cartagena.

Año XXV.

DIARIO DE LA NOCHE.

NUM. 7180

Precios de suscripción.

CARTAGENA. un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIA. tres meses, 750 id.—EXTRA NÚMERO, tres meses, 11'50 id.
La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.
Corresponsal en París para anuncios y reclamos, Mr. A. Lorette, 51 bis rue Saint-Anne.

Números sueltos 15 céntimos.
REDACCIÓN, MAYOR, 24.

MIÉRCOLES 14 DE OCTUBRE 1885.

Condiciones.

El pago será siempre adelantado y en metálico o en billetes de banco. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal. No se devuelven los originales.

Anuncios a precios convenidos.
ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24.

LA RUMELIA ORIENTAL.

LAS CAUSAS DE LA REVOLUCIÓN.—EL GOBERNADOR TURCO Y EL PARTIDO LIBERAL.—LA REMOCIÓN DE FUNCIONARIOS.—LOS PERIÓDICOS.—EL MOVIMIENTO.—LA EMPAREDADA.—LEVANTA RUMELIOTA.

El corresponsal de "La Nueva Prensa Libre," periódico vienés, nos suministra detalles curiosos cuanto a los motores impulsivos y determinantes de la revolución, llamada quizá a dejar irrisos el tratado de San Estefano y la Conferencia de Berlín.

El autor garantiza la exactitud de sus informes, como procedentes, según asegura, de uno de los miembros del comité revolucionario que preparó la caída de Gavril Pachá y la proclamación de la Unión.

"Rusia, habla el informante, se ha puesto ahora enfrente de nosotros, después de haber sido ella la que ha precipitado la fecha de la unión de las Bulgarias.

No se os oculta que el año pasado, cuando tocaba a su término el período, quinquenal del Gobierno de Aleco-Pachá Rusia puso en juego toda suerte de recursos para impedir la renovación de sus poderes.

Con efecto, Aleco-Pachá se había negado a satisfacer los caprichos del Gobierno ruso, y, sobre todo, a plegarse a las exigencias del cónsul de Rusia, que hacia gala de la más fastidiosa de las omnipotencias, y, consecuencia de tal entereza, tratábase de comprometerle a los ojos de Europa, de hacerle sospechoso a los de la Puerta, y en fin, derribarle.

Causaban recelo las simpatías, con justa razón adquiridas, que el gobernador turco se había captado en el ánimo del pueblo búlgaro.

El partido liberal, que de vuelta al poder no se había prestado a las imposiciones del cónsul ruso, fué condenado a caer del Gobierno.

Como medio para lograr este resultado se pensó en la reunión de las dos fracciones de la Bulgaria, separadas por las Balkanes, y el tratado de Berlín.

Esta idea suscitaba recelos en la diplomacia, tan celosa del mantenimiento de la paz europea, desconfianzas en la Puerta y extravíos en la opinión búlgara.

A la cabeza de esta intriga, figuraba el cónsul general ruso Sorokin, al que prestaba su cooperación el partido conservador; entonces en desgracia, dirigido por Geschow en persona.

Con fondos rusos se fundó un periódico titulado "Soedinenié" (La Unión, también es casualidad), y se procedió a la organización de numerosos comités, cuyo lema era: "No queremos gobernador general, queremos la unión."

Y entonces fué cuando la famosa diputación, compuesta de Iwantscho Geschow y Cristo Cristow, recorrió las cortes europeas.

Merced a la agitación provocada por estos medios, logró Rusia su "desideratum" de que Aleco-Pachá fuese sustituido por el antiguo sub-gobernador Gavril-Pachá, que

concluyó con Sorokin un tratado formal en virtud del que se comprometió solemnemente a ajustar su conducta a los deseos de Rusia.

El cargo de vice-gobernador fué confiado a un hombre de carácter débil, a un tal Ratschow, maestro que había sido de escuela en una aldea y juguete de Sorokin.

Pero no tardó el pueblo búlgaro en convencerse de que se jugaba con sus más nobles sentimientos.

En vez de la unión que en su viaje circular de Marzo le había prometido Sorokin, en nombre de Rusia, vió llegar con la investidura de gobernador a un pachá turco, que confirió los más importantes puestos a hombres que poco antes proclamaban en los meetings la unión de las Bulgarias y la guerra a todo trance.

Sorokin olvidó que residía en una provincia autónoma habituada a todas las libertades legales, é implantó el terrorismo ruso.

Los nuevos gobernantes Botachew, Maelscharw y Hakanow hacían gala de una insolencia sin límites.

No cesaba la remoción de funcionarios y los empleados del fisco y la gendarmería ejercían un imperio despótico sobre el país.

El pueblo se vió defraudado en sus esperanzas de unión, y se encontró sometido a un régimen del que ya había perdido la costumbre, y que le parecía tanto más pesado y molesto, cuanto que lo vió inspirado por una especie de comandita, dirigida por el cónsul de Rusia.

La idea de la unión, despertada por el cónsul ruso y su sociedad comanditaria, las convirtió en un arma de dos filos; pero ni las prisiones, ni el terrorismo, pudieron arrancarla del corazón del pueblo.

A esto se debió que ya en Febrero pasado algunos individuos del partido liberal comenzaran a madurar el plan que había de conducir a la realización de la unión deseada.

Las sociedades de Oppoltschenz, que había utilizado Sorokin para impedir la reelección de Aleco-Pachá, hicieron una patriótica evolución al campo liberal y se asociaron a la preparación del movimiento.

En Marzo existía ya un comité que se movía en la sombra.

Al frente de este comité estaba Zacarias Stojanow, que por medio del periódico Borba había ido empujando al pueblo hacia soluciones activas, y descubriendo sin ambages ni consideraciones, la verdadera situación de la Rumelia oriental.

El Borba fué desde entonces el periódico más leído en la Rumelia oriental y en el Principado.

Los consejos de los diarios del Gobierno encaminados a inculcar al pueblo la idea de que no había llegado todavía el momento de la unión, y las seguridades que daba Sorokin de que Rusia nada podría hacer por los búlgaros, y de que abortaría todo movimiento en favor de Macedonia, no fueron ya parte a detener al poderoso impulso que había recibido la opinión.

Apelose a toda suerte de argumentos, pero el éxito no respondió a las esperanzas de los que lo aducían, toda vez que vió el pueblo que los que entonces encontraban

difícil é intempestiva la realización de sus ideales, eran los mismos que un año antes patrocinaban la unión y la guerra a todo en todo hacendado y oportunista.

Llegó el verano y el cuartel general, de los patriotas conjurados trasladóse a una aldea llamada Dennen-Dere, situada a una hora de Filipópolis.

Este punto fué escogido porque servía de estación veraniega a los jefes de partido y ofrecía garantías de seguridad.

En el caso de una revolución, los pronunciados emigrarían, sobre todo, de las ciudades de los Pomaks, en los montes de Rhodope, que forman parte de la Rumania oriental, pero sin reconocer al gobierno y sin pagar tributo alguno a Turquía.

Estas grandes ciudades de los territorios de Temvoesch, cuyo número se eleva a diez y ocho, hubieran podido fácilmente aprovecharse de los trastornos del país para sublevarse, y le hubieran obligado a distraer fuerzas importantes para conjurar la sublevación. Pero este peligro desapareció desde el momento en que Zachari Stojanow fué a Temvoesch, para concertar con el jefe de las ciudades de los Pomaks, Schmed-Aga, una alianza en virtud de la cual, le ofrecía la más estricta neutralidad, a cambio de la promesa de garantizar la independencia de las referidas ciudades.

Esto ocurría en el mes de Agosto. El día designado para la sublevación fué el 16 de Setiembre; pero el movimiento no pudo quedar en el misterio. Los distritos de Paragurischie, Golemo-Konare, Tschirpan Komitche estaban ya sublevados, y el gobierno, ciego y confiado hasta entónces, decidió proceder con toda energía.

En la noche del 18 debían ser presas más de 80 personas, buscándose especialmente a Stojanow, que se hallaba en el departamento de Bazardzhik.

Cuando los conjurados supieron que habían sido detenidas tantas personas, enviaron un agente a Golemo-Konare y a Sadowa para advertir a los jefes del movimiento revolucionario de Philipópolis. El conocido Rajtscho y el capitán Sokolow, oficiales ambos de la gendarmería recorrieron en la noche del 18 las calles de Philipópolis y levantaron las consignas dadas a los gendarmes por la Administración y por el prefecto de policía, en vista de las detenciones.

Las disposiciones defensivas adoptadas por el general Drygalski no fueron cumplimentadas por los comandantes Nikola-jew y Filow. Un destacamento de caballería, que se había enviado a Golemo-Konare, fué detenido y dispersado después en las inmediaciones de Philipópolis por el fuego de las turbas.

El general Drygalski, que a las tres de la mañana se hallaba en el cuartel para ver si sus órdenes habían sido fielmente cumplidas, halló en una de las calles más céntricas una compañía de milicia que él juzgaba estuviere a cierta distancia de la ciudad. Cuando preguntó al comandante de la compañía quien le había dado la orden de partir, éste le intimó la retirada, y como se negase a obedecerle, el capitán le significó que se vería obligado a hacer fuego sobre él. El general no tuvo más remedio que obedecer é intentar penetrar en el cuartel por otro camino.

Mientras el general pasaba delante de la

milicia no se asoló el mano, una nubes de indignación en las filas.

Veamos ahora la leyenda más popular en la Rumelia:

En tiempos del Voivod Neagré, nueve maestros constructores vinieron al país búlgaro para edificar en él una ciudadela. Diríglalos Manol de Curtea.

Pusieron a escavar la tierra, a levantar el muro, pero un sortilegio luchaba contra ellos, y cada noche derrumbábase en los fosos lo edificado durante el día.

Entónces Manol dijo:

—¿Sabéis vosotros, compañeros, que sueño he tenido? He oído distintamente una voz del cielo que me ha dicho se derrumbarán todos nuestros trabajos hasta que juremos emparedar entre la obra a la primera mujer, esposa ó hermana, que se presente a traer la comida a cualquiera de nosotros, y cumplamos nuestro juramento.

Todos juraron.

Y Manol subió a lo alto del andamiaje y vió desde allí a su joven esposa, la Flora de los Campos.

Venía trayéndole pan para comer, vino para calmar la sed.

Entónces los nueve maestros se estremecieron de gozo. Manol tomó a su mujer en los brazos, subió al muro, allí la colocó y la dijo:

—Permanece, mi fiel amiga, permanece aquí sin temor, porque en broma queremos fingir que te emparedamos.

Flora le creyó y rió de todo corazón. Manol suspiró y comenzó a construir el muro.

Sube la muralla y aprisiona a la esposa primero por los tobillos, luego por las rodillas.

Y ya Flora no rie; antes llena de terror exclama:

—¡Manol! ¡Oh Manol! Bastaya de este juego, que es harto cruel. El muro se contrae y destroza mi cuerpo.

Manol calla, y prosigue febrilmente su obra.

Y el muro sube y aprisiona el seno de Flora, y su cuello de cisne, y sus labios rojos, y sus ojos de cielo y su pura frente. Y ya casi no se oyen sus gemidos; pero aún con voz ahogada dice la infeliz:

—¡Manol! ¡Oh Manol! Acuérdate de hijo que llevé en mis entrañas, el muro frío me oprime, se apaga mi vida.

Esta leyenda responde a una tradición local. Los rumeliotas pretenden que toda casa de piedra enoierra emparedada un alma. Todos los monumentos del país tienen su víctima. Y aun en nuestros días los albañiles, toman con una caña la medida de la sombra de un transeúnte y colocan la caña entre las piedras de la obra, como simulacro de quedar allí emparedada el alma del edificio, que asegura, a lo que ellos creen la solidez, de esto.

LAS CAROLINAS SIEMPRE ESPAÑOLAS.

Te grafían de Roma al "Imparcial."

Al proseguir los estudios ordenados por el Papa en el Museo y Biblioteca de la Propaganda Fide con motivo de la mediación de Su Santidad en la cuestión hispano-germánica, se ha encontrado una carta geográfica